

vinieblas: la brújula apenas guiaba al marinero por las conocidas aguas del Mediterráneo: aun no se habían descubierto la América, ni el paso á las Indias por el Cabo de Buena Esperanza; la pólvora no había tampoco cambiado aun las armas, ni la imprenta el mundo: el feudalismo gravitaba con todo el peso de su noche sobre la subyugada Europa.

Mas cuando la madre de Shakespeare dió á luz en 1564 un oscuro niño, ya habían pasado las dos terceras partes del famoso siglo del renacimiento y de la reforma, de aquel siglo en que los principales descubrimientos modernos se habían verificado; el verdadero sistema del mundo se había descubierto, el cielo se había observado, el globo explorado, las ciencias daban ópimos frutos, y las bellas artes llegaban á una altura que desde entonces no han podido superar. Grandes sucesos y grandes hombres aparecían por todas partes: había familias que iban á sembrar en los bosques de la Nueva Inglaterra el germen de una fecunda independencia; había provincias que sacudían el yugo de sus opresores, y se colocaban en el rango de las grandes naciones.

En los tronos, además de Carlos V, Francisco I y Leon X, brillaban Sixto V, Isabel, Enrique IV, don Sebastian, y aquel Felipe II que ciertamente nadie podrá calificar de vulgar tirano.

Entre los guerreros figuraban: un don Juan de Austria, el duque de Alba, los almirantes Veniero y Juan Andrea Doria, el príncipe de Orange, los dos Guisa, Coligny, Birón, Lesdignieres, Montluc y Lannoué.

Entre los magistrados, legistas, ministros y políticos, Cuyas, Olivares, d'Ossat, Cecil, Harlay, Sully, l'Hopital y des Moulins.

Entre los prelados, sectarios, sabios, eruditos y literatos, San Carlos Borromeo, San Francisco de Sales, Calvino, Teodoro de Beza, Buchanan, Tico-Brahe, Galdeo, Bacon, Cardan, Kepler, Ramus, Escaligero, Estéban, Manucio, Justo Lipcio, Vida, Varonio, Mariana, Amyot, du Haillan, Montaigne, Bignon, de Thou, d'Aubigne, Brantome, Marot, Ronsard y otros mil.

Entre los artistas, Ticiano, Pablo Veronese, Anibal Carrachio, Sansovino, Julio Romano, el Dominiquino, Paladio, Viñola, Juan Goujou, Guido, Poussino, Rubens, Van Dyck y Velazquez: Miguel Angel había esperado para morir el año del nacimiento de Shakespeare.

Lejos de ser un jefe de la civilización resplandeciente en el seno de la barbarie, Shakespeare, último hijo de la edad media, era un bárbaro que descollaba en las filas de la civilización en progreso, y la arrastraba hácia lo pasado. No fue una estrella solitaria, pues resplandeció al par de otros astros dignos de su firmamento, Calderon, Tasso, Camoens, Ercilla y Lope de Vega, tres poetas épicos y dos dramáticos de primer orden. Examinemos todo eso en detalle, principiando desde luego por el material de la sociedad.

En la época de Shakespeare, no solo había llegado la cultura del ánimo en algunas de sus ramificaciones á mayor altura que en nuestro tiempo, sino que hasta la sociedad material se iba ostentando despojada de su rusticidad. Sin hablar de Italia, donde los palacios, obras maestras de las artes, estaban amueblados con otras obras maestras; de Italia, enriquecida por el comercio de Florencia, Génova y Venecia, brillante con sus manufacturas de telas de seda, de oro y terciopelos; sin ir á buscar una civilización completa al otro lado de los Alpes, permanezcamos en la patria del poeta y veremos las considerables mejoras debidas á la administración de Isabel.

Erasmus nos hace saber que en tiempo de los Enrique VII y VIII apenas era posible respirar en el interior de las habitaciones: el aire y la luz penetraban en ellas al través de celosías sumamente espesas, y solo

había vidrios en las ventanas de los palacios y las iglesias. Cada piso de las casas formaba cuerpo saliente, y cubría con su sombra al piso inferior, de manera que las calles, formando ángulos entrantes y salientes que daban lugar á que los techos de las casas fronterizas se tocaran en algunos puntos, eran oscuras y carecían de ventilación. Añádese que la mayor parte de las habitaciones carecían de chimeneas, y que su pavimento consistía en una especie de argamasa cubierta de juncos, ó de una capa de arena para absorber las inmundicias de los perros y los gatos. Erasmo atribuye las pestes que en aquella época dominaban con bastante frecuencia en Inglaterra, á la poca curiosidad de sus habitantes.

En las habitaciones de los ricos el mueblaje se componía de tapicerías de Arras, de largas mesas sostenidas en caballetes á manera de las mesas de refectorio, de una alacena, una silla de brazos, algunos bancos y muchos taburetes. Los pobres dormían sobre una estera de mimbres ó de paja, cubriéndose con una arpillera, y tenían un madero por almohada. El que tenía un colchon de lana y recostaba su cabeza sobre un saco de salvado, escitaba la envidia de sus vecinos. Harrison al dar esos detalles manifiesta referirse al dicho de los ancianos y añade: Ahora (reinando Isabel) hasta los arrendatarios tienen tres ó cuatro camas de colchones de pluma cubiertas de tapicería de seda, mesas guarnecidas de telas blancas, y alacenas provistas de vasigería, un salero de plata, una copa y una docena de cucharas del mismo metal.

La Francia actual, tan envanecida de su civilización, no puede jactarse todavía de ofrecer á todos los arrendatarios tantas y tan generales comodidades.

Shakespeare se elevó bajo la protección de aquella reina que enviaba sus marineros á los últimos confines del mundo á buscar la riqueza de los labradores. No faltaban por cierto en lo interior de Inglaterra paz y gloria suficiente para que el poeta pudiera cantar con seguridad sin dejar por eso de encontrar en lo interior y en lo exterior del reino espectáculos propios para escitar su imaginación y sublimar el pensamiento.

En lo interior, Isabel ofrecía en su persona un carácter histórico. Shakespeare tenía veintitres años cuando María Estuardo fue decapitada. Hijo de padres católicos, y tal vez perteneciendo él mismo á esa comunión, oyó sin duda decir á sus correligionarios que Isabel intentó seducir por medio de Rolstone á su cautiva á fin de deshonorarla, y aprovechándose de la irritación que en los protestantes había causado la noticia de la jornada de San Bartolomé, tuvo tentación de entregarles en rehenes la reina de Escocia. ¿Quién sabe si la curiosidad no atrajo á Fotheringay al joven William de Stratford en el momento de la catástrofe? ¿Quién sabe si no vió el lecho, la habitación, las bóvedas enlutadas, el tajo y la cabeza de María separada del tronco, y en la cual el primer hachazo del verdugo, mal dado, introdujo parte de la toca y rizos de cabellos? ¿Quién sabe si sus ojos no se fijaron sobre aquel elegante cadáver, objeto de la curiosidad y profanación del verdugo?

Posteriormente Isabel volvió á arrojar otra cabeza á los piés de Shakespeare. Mahometo II mandaba decapitar á un icoglan delante de un pintor, á fin de que este estudiara los detalles de la muerte. No parece que Isabel, extraño conjunto de hombre y mujer, tuvo en toda su misteriosa vida mas que una sola pasión; pero amor nunca. «La última enfermedad de esta reina, dicen las memorias de aquel tiempo, procedía de una tristeza que siempre procuró tener muy oculta; jamás quiso usar ninguna clase de remedios como si de propósito se hubiese determinado morir, cansada de la vida por alguna causa secreta que tal vez pudo atribuirse á la muerte del conde de Essex.»

Ese siglo XVI, primavera de la nueva civilización, germinaba en Inglaterra mas que en ninguna otra parte, y sujetando á pruebas fomentaba las generaciones en cuyas entrañas se iba desarrollando el espíritu de la libertad, Cromwell y Milton. Isabel comía al son de tambores y trompetas, en tanto que el parlamento dictaba leyes atroces contra los papistas, y sobre la triste Irlanda pesaba el yugo de una sangrienta opresión. Las altas ejecuciones de Tiburn se mezclaban con los bailes de ninfas; las comedias con los sermones, los libelos con los cánticos, y las críticas literarias con las discusiones filosóficas y las controversias religiosas.

Un espíritu de aventuras agitaba á la nación como en la época de las Cruzadas; voluntarios cruzados protestantes se embarcaban para ir á combatir á los ídólatras, es decir, á los católicos, y atravesaban el Océano bajo la dirección de Sir Francis Drake, ó de Sir Walter Raleigh, de esos Pedro el Ermitaño de los mares, amigos de Cristo y enemigos de la cruz. Comprometidos en la defensa de las libertades religiosas, los ingleses se ofrecían al servicio de cualquiera que deseara proclamarlas: derramaban su sangre siguiendo el penacho blanco de Enrique IV, y bajo la bandera del joven príncipe de Orange. Shakespeare asistía á ese espectáculo, y oyó rugir las protectoras tempestades que lanzaron los despojos de las naves españolas sobre las costas de su patria libre del peligro.

No era menos favorable á la inspiración del poeta el cuadro que se presentaba en lo exterior: en Escocia podía contemplar la ambición y los vicios de Murray, el asesinato de Rizzia, el cadáver de Darnley estrangulado y lanzado á lo lejos. Botwell casándose con María en la fortaleza de Dumbar y luego teniendo que huir y haciendo vida de pirata en los mares de Noruega, Morton subiendo al cadalso.

En los Países-Bajos se ofrecían á su vista todas las calamidades inseparables de la emancipación de un pueblo, un cardenal de Granvelle, un duque de Alba y el trágico fin de los condes de Egmont y de Horn.

En España podía contemplar la muerte de don Carlos, á Felipe II construyendo una nueva maravilla, multiplicando los autos de fe y diciendo á sus médicos: «¿Temeis sacar algunas gotas de sangre de un hombre que la ha mandado derramar á torrentes?» En Italia la historia de la Cenci, renovada de las antiguas aventuras de Venecia, Verona, Milán, Bolonia y Florencia.

En Alemania el principio de Wallenstein.

En Francia, país mas inmediato á su patria ¿qué veía Shakespeare? Ocho años de edad tenía el autor del *Macbeth* cuando llegaron á su oído los gritos de la matanza de San Bartolomé. Estos gritos resonaron distintamente en Inglaterra, y sus detalles fueron publicados con toda la posible exageración. De Londres y Edimburgo salieron y circularon por todo el reino relaciones impresas capaces de estremecer la imaginación de un niño. Nadie hablaba mas que del desaire dado por Isabel al embajador Carlos IX. «El silencio de la noche dominaba en todos los aposentos del régio alcázar. Las damas y los cortesanos estaban colocados en dos filas vestidos de riguroso luto, y cuando el embajador pasó por medio de ellos, no hubo una persona que le dirigiera una mirada de atención, ni le devolviera el saludo.» Marloe puso en escena *La Matanza de Paris*, y Shakespeare inauguró la carrera desempeñando un papel en su representación.

Después del reinado de Carlos IX vino el de Enrique III tan fecundo en catástrofes. Catalina de Médicis, los Donceles, las barricadas, el asesinato de los dos Guisa en Blois, la muerte de Enrique III en Saint-Cloud, los furros de la Liga, el asesinato de Enrique IV, variarían sin cesar las emociones de un poeta que estaba presenciando esa larga cadena de sucesos.

Los soldados de Isabel y el mismo conde de Essex tomaron parte en las guerras civiles de Francia, y combatieron en el Havre, en Ivry, en Rouen y en Amiens. Algunos veteranos del ejército inglés pudieron referir en el hogar de William lo que habían aprendido acerca de las calamidades de Francia en los campos de batalla.

Era, pues, el génio de su época el que inspiraba al número de Shakespeare. Los innumerables dramas representados á su alrededor, preparaban asuntos á los herederos de su arte: Carlos IX, el duque de Guisa, María Estuardo, don Carlos y el conde de Essex, debían inspirar también andando el tiempo, á Schiller Ottway, Alfieri, Campistron, Tomás Corneille, Chenier y Reynouard.

Shakespeare nació entre la revolución religiosa principiada en tiempo de Enrique VIII, y la revolución política próxima á estallar en tiempo de Carlos I. Muertes y catástrofes fue lo único que pudo ver donde quiera que fijó los ojos.

En el reinado de Eduardo VI: Sommerset, protector del reino y tío del joven rey, fue entregado al patíbulo.

En el reinado de María: los mártires del protestantismo, Juana Gray decapitada, Felipe, el esterminador de los protestantes, desembarcó en Inglaterra como para pasar revista al campamento enemigo y dejarlo entregado á la muerte.

En el reinado de Isabel: los mártires del catolicismo, la misma Isabel, ungida según el rito romano y convertida en persecutora de una creencia á que debía la corona; Isabel, hija de aquella Ana Bolena, causa de un cisma, sacrificada después de Tomás Moro, que murió medio loca, orando, riendo y comparando la pequeñez de su cuello con la anchura del cuchillo del verdugo.

Shakespeare encontró en su juventud antiguos frailes, espulsados de los conventos que habían visto á Enrique VIII, sus reformas, sus destrucciones de conventos, sus bufones, sus esposas, sus queridas y sus verdugos: cuando el poeta murió, Carlos I tenía diez y seis años.

De manera, que Shakespeare pudo tocar con una mano las cabezas encanecidas amenazadas por la cuchilla del ante-último de los Tudor, y con la otra la frente del segundo de los Estuardos, retratada por Wandick, y últimamente abatida por el hacha de los parlamentarios. Apoyándose en aquellas cabezas trágicas el gran trágico, se hundió en el sepulcro, habiendo llenado el espacio de su vida de espectros, de reyes ciegos, de ambiciosos castigados y de mujeres desgraciadas para unir por medio de ficciones análogas las realidades de lo pasado con las realidades del porvenir.

POETAS Y ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS DE SHAKESPEARE.

Jacobo I reinó entre la espada que le había espartado en el vientre de su madre, y la que hizo morir pero no temblar á su hijo. Su reinado fue un intermedio entre el cadalso de Fotheringay y el de White-Hall: espacio oscuro en que se extinguieron Bacon y Shakespeare.

Estos dos ilustres contemporáneos se encontraron en un mismo camino; hemos nombrado ya anteriormente los extranjeros que pudieron llamarse compañeros de su gloria. En Francia, país poco favorecido de las letras en aquella época, no figuraban mas que Amyot, de Thou, Ronsard y Montaigne, espíritus de mediano vuelo; Hardy y Garnier murmuraban apenas los primeros acentos de la Melpómene francesa. Sin embargo, la muerte de Rabelais no había precedido sino en quince años al nacimiento de Shakespeare: el bufon habría tal vez podido medirse sin desventaja con el trágico.

Treinta y un años había pasado este sobre la tier-

ra, cuando el desgraciado Tasso y el heroico Ercilla la abandonaron muriendo en 1595. El poeta inglés fundaba el teatro de su nación, cuando Lope de Vega establecía la escena española; pero este tuvo un rival en Calderon. El autor de *El Mejor Alcalde* iba en clase de voluntario en la armada llamada invencible, cuando el autor de Falstaff calmaba las inquietudes de la *Hermosa Vestal sentada en el trono de Occidente*.

El dramático español hace mencion de aquella famosa armada en la comedia titulada *Fuerza lastimosa*. «Los vientos, dice el poeta, destruyeron la mejor armada que jamás se ha visto.» Lope venia con la espada en mano á asaltar á Shakespeare en sus hogares, asi como los trovadores de Guillermo, el Conquistador, asaltaron á los escaldas de Harold. Lope hizo de la religion lo que el trágico inglés hizo de la historia; los personajes del primero entonaban en la escena el Gloria Patri mezclado con romances; los del segundo cantaban baladas acompañadas de gestos (*lazzi*) de los enterradores.

Cervantes, herido en Lepanto (A. 1570), esclavo en Argel (1575), rescatado en 1584, que principió en una cárcel su inimitable comedia, no se atrevió á continuarla sino mucho tiempo despues. (¡Tan desconocida era aquella obra maestra!) y murió en el mismo año y en el mismo mes que Shakespeare; según se acredita en dos documentos que revelan el estado de riqueza de ambos autores.

William Shakespeare en el testamento dejó á su mujer la segunda de sus camas despues de la mejor: dió á dos compañeros de teatro treinta y dos chelines para comprar una sortija; instituyó á su hija mayor Susana, heredera universal, y dejó á la segunda llamada Judit, algunas frioleras. Judit hizo al pie del testamento la señal de la cruz por no saber escribir.

Cervantes confiesa en la carta de dote otorgada á su esposa doña Catalina Palacios y Salazar, haber recibido una devanadera con un cajon, una sarten de hierro, tres asadores, un rayo, una limpiadera, seis fanegas de harina, cinco libras de cera, dos escaneos, una mesa de cuatro pies, un colchon lleno de lana, un candelero de azofar, dos sobrecamas, dos niños Jesús con sus ropitas y camisitas, y cuarenta y cuatro (1) pollos y gallinas con el gallo.

En la actualidad no hay escritorzuelo que no clame contra la injusticia del mundo y sobre lo poco que se aprecia el talento, no contentándose tal vez de pensiones, cuya céntesima parte habrian hecho la fortuna de Cervantes y de Shakespeare. El pintor del bufon del rey Lear fue pues en 1616 á buscar otro mundo mejor en compañía del pintor de don Quijote, ¡dignos compañeros de viaje!

Corneille habia venido á reemplazarlos en esa familia cosmopolitana de los grandes hombres, cuyos hijos nacen en todos los pueblos, como en Roma, se sucedian los Brutos á los Brutos, y los Escipiones á los Escipiones. El cantor del Cid, teniendo seis años de edad, vió los postreros dias del cantor de Otelo, como Miguel Angel entregaba su paleta, su cincel, su escuadra y su lira á la muerte, el mismo año en que Shakespeare con el contorno al pie y la máscara en la mano entró en la vida, y como el poeta moribundo de la Lusitania saludó los primeros albores del poeta de Albion. Cuando el joven carnicero de Stracfor, armado del cuchillo dirigia una arenga á las víctimas

(1) Cuarenta y cinco gallinas é pollos con un gallo, dice el documento original de donde sin duda el ilustre autor de este Ensayo tomó la noticia de los bienes, muebles y raíces que Cervantes confesó haber recibido en dote de su esposa. La diferencia es una gallina; pero bien merece notarse donde figuran un *badil de hierro* apreciado en 17 maravedises, un *banquillo de cuatro pies* del mismo valor, una *artesa de vieja chica*, una *media cama* y otras notables preciosidades.

(terneras y corderos) antes de degollarlas, Camoens hacia resonar junto al sepulcro de Inés en las orilla, del Tajo, los acentos del cisne:

«Desde hace tantas años que os voy cantando, ¡oh ninfas del Tajo! ¡oh, ninfas lusitanicas, la fortuna me lleva errante al través de peligros y de contrariedades, unas veces por el mar, otras por medio de los combates, y otras degradado por una vergonzosa indignancia sin mas asilo que un hospital.... No bastaba que yo me hubiera consagrado á tantas miserias, preciso era que me vinieran de parte de aquellas mismas cosas que he celebrado.... Poetas; vosotros dais la gloria; hé aquí el precio.»

*Vao os annos descendo et já do estio
Ho pouco que passen até o outono, etc.*

«Mis años van declinando; antes de poco habré pasado del estío al otoño. Los pesares me van arrastrando hácia la orilla del negro reposo y del eterno sueño.»

¿Será posible que en todos los pueblos y en todos los siglos los ingenios mas eminentes lleguen á esas últimas palabras de Camoens?

Milton tenia ocho años cuando Shakespeare murió y se educó á la sombra del sepulcro de ese grande hombre: tambien se quejó de haber venido al mundo en mal tiempo, un siglo demasiado tarde. Temió que el frío del clima ó de los años no hubiese embotado sus alas obatidas.... «Cold climat, or years damp, my intended-wing deprest...»

Ese temor le acosaba al escribir el libro noveno del *Paraiso Perdido*, que comprende la seducción de Eva y las escenas mas patéticas entre ella y Adán.

Esos hombres divinos predecesores ó contemporáneos de Shakespeare, tienen en sí mismos alguna cosa que participa de la belleza de su patria. Dante era un ciudadano ilustre y un guerrero valiente: el Tasso hubiera ocupado muy bien el puesto entre los brillantes caballeros que siguieron á Reynaldo; Lope y Calderon pertenecieron á las Ordenes de Caballería, Ercilla fue á un mismo tiempo el Homero y el Aquiles de su epopeya: Cervantes y Camoens se envanecian de enseñar las gloriosas cicatrices de su valor y su infortunio. El estilo de esos poetas soldados participa con frecuencia de la elevacion de su vida. Tal vez le habria convenido tambien á Shekespeare otra carrera que la que tuvo: en sus composiciones se manifiesta apasionado; pero rara vez noble, y la dignidad que faltó á su vida, se echa con mucha frecuencia de menos en su estilo.

VIDA DE SHAKESPEARE.

¿Y qué fue esa vida? ¿Quién lo sabe? Poca cosas El que se sintió animado de ella la tuvo oculta y no se cuidó ni de sus trabajos, ni de sus dias.

Si se estudian los sentimientos íntimos de Shakespeare en sus obras, parece que el pintor de tan sombríos cuadros debió ser un hombre ligero, y refiriendo todo á su propia existencia; es cierto que no seria poca la ocupacion que encontraría en la inmensidad de su vida interior. El padre del poeta que probablemente perteneció á la comunión católica, fue por de pronto Baile y Alderman de Stratford, y posteriormente mercader de lanas y carnicero. William, hijo mayor de una familia de diez hijos, siguió la profesion de su padre. Ya he dicho que el depositario del puñal de Melpómene degolló terneras antes de matar tiranos, y que dirigió patéticas arengas á los espectadores de la injusta muerte de aquellos inocentes animales. Shakespeare en su juventud sostuvo bajo un manzano, célebre por esta circunstancia, victoriosas competencias de botellas de cerveza con los bebedores de Bidford. A los diez y ocho años se casó con la hija

de un Labrador llamada Ana Hatway, que le llevaba siete años de edad. De este matrimonio tuvo primero una hija, y luego dos gemelos de distinto sexo. Esta fecundidad no debió sin duda cautivar su corazón de un modo muy estable cuando vemos que no se vuelve á acordar de su Ana hasta que la menciona en la cláusula testamentaria para dejarle *la segunda de sus camas despues de la mejor*.

Una aventura de cazador furtivo le hizo abandonar el pueblo de su naturaleza. Habiendo sido aprehendido en el parque vedado de Sir Tomás Lucy, tuvo que comparecer ante el agraviado, y se vengó de él fijando en la puerta de su casa una balada satírica. No por eso se apaciguó el odio de Shakespeare, pues de Sir Tomás Lucy compuso el personaje llamado Sallow en la segunda parte de Enrique IV, y lo abrumó con las bufonadas de Falstaff. Habiendo la indignacion de Sir Tomás obligado á Shakespeare á marcharse del pueblo, pasó á Lóndres á probar fortuna. Pasó á Lóndres acompañado de la miseria: allí se vió reducido á guardar los caballos de los que entraban en el teatro, y para este servicio organizó una compañía de muchachos que se llamaron *mozos de Shakespeare* (Shakespeare's boys). Desde la puerta del teatro halló medio de colocarse entre bastidores, y se empleó en el ejercicio de avisador (*Callboy*). Un pariente suyo llamado Green, que estaba de actor en Blak-Friars, le hizo pasar de los bastidores al escenario, y allí se convirtió de actor en autor. Contra él se publicaron críticas y folletos, á los cuales no contestó ni una sola palabra. En tanto seguía desempeñando el papel del hermano Lorenzo en *Romeo y Julieta*, y el de *espectro* en *Hamlet* de un modo maravilloso. Se sabe que competia con Ben-Johnson en el club de la Sirena fundado por Sir Walter-Raleigh; pero no hay noticia alguna del resto de su carrera teatral. Sus pasos no están marcados mas que por obras maestras que anualmente se desprendian dos ó tres veces de su ingenio, *bis pomis utilis arbos*, y de las cuales no tomaba el menor interés. Ni siquiera inscribia su nombre al frente de esas obras maestras, siendo así que lo prestaba para autorizar el catálogo de cómicos olvidados en comedias mas olvidadas aun. Tampoco se tomó la molestia de recoger ni imprimir sus dramas: la posteridad, de la cual nunca se acordó el poeta trágico, las exhumó de los antiguos repertorios, así como se desentierran los restos de una estatua de Fidias de entre las oscuras imágenes de los atletas de Olimpia.

Dante se unió sin ceremonia al grupo de los grandes poetas: *Vidi quattro grand ombre a noy venire*; el Tasso habló de su inmortalidad y así otros muchos; pero Shakespeare no dijo nada acerca de su persona, su familia, su mujer, su hijo (que murió á los doce años de edad), ni de sus hijas, su país, ni de sus obras, ni de su nombre; bien sea porque no tuvo conciencia de su talento, bien sea porque lo miró con desprecio, ó porque tal vez no llegó á creer en su futura celebridad. «¡Ah! ¡Cielos, esclama Hamlet, hace ya dos meses que murió y no le han olvidado todavía! Bien se puede en vista de esto esperar que la memoria de un grande hombre le sobrevivirá seis meses; pero ¡Válgame la Virgen! para eso será preciso que haya edificado iglesias; de lo contrario, bien podrá resignarse á que nadie se acuerde de él.»

Shakespeare abandonó bruscamente el teatro á los cincuenta años en la plenitud de sus triunfos y de su talento. Sin recurrir á causas extraordinarias para explicar esta retirada, es probable que el descuidado actor se retirase de la escena tan pronto como pudo reunir algun medio de independencia. Empéñanse en juzgar el carácter de un hombre por la naturaleza de su talento, y recíprocamente la índole de éste por los indicios de aquel; mas no hay que perder de vista, que el hombre y el talento son muchas veces dos co-

sas muy discordes, sin dejar de ser homogéneas. ¿Cuál será el verdadero carácter, el hombre Shakespeare? ¿el autor de aquellas escenas desgarradoramente trágicas, ó el entregado á las báquicas competencias bajo el manzano? Sin embargo, ambos caracteres son ciertos: ambos están unidos por medio de misteriosos enlaces de la naturaleza.

Lord Southampton fue amigo de Shakespeare, pero no se sabe que hubiese hecho nada de considerable en favor suyo. Isabel y Jacobo protegieron al actor, y probablemente lo despreciaron. Al regresar á sus hogares plantó el primer moral que se ha visto en el condado de Stratford. Murió en 1616 en Newplace, casa de campo de su pertenencia. Habiéndole traído al mundo el día 23 de abril de 1564, ese mismo día vino á sacarle al cabo de cincuenta y dos años. Fue enterrado bajo una losa de la iglesia de Stratford, y se le erigió una estatua sentada como un santo en un nicho, pintada de negro y escarlata, retocada por el abuelo de mistress Siddon, y embadurnada de yeso por Malone. Una grieta que hace muchos años se abrió en su sepulcro, dió lugar á que el sepulturero dijese que ya no existian los huesos convertidos en pura ceniza; el haber visto aquel polvo de Shakespeare, fue considerado entonces como una gran cosa. El poeta en un epitafio prohibió que nadie tocara sus cenizas: amigo del reposo, del silencio y de la oscuridad, tomó cuantas medidas le fueron posibles para librarse del movimiento, del ruido y del esplendor de su porvenir. Hé aquí toda la vida y toda la muerte de aquel inmortal; ¡una casa en una aldea, un moral, la linterna con que el actor-autor representaba el papel del hermano Lorenzo en *Julieta y Romeo*, una rústica estatua, y una tumba entreabierta!

Un ministro protestante llamado Castrell, compró la casa de Newplace, y cansándose su áspero carácter de las peregrinaciones que los devotos á la memoria del grande hombre hacian al moral, lo mandó cortar, y posteriormente derribó la casa y vendió los materiales. En 1740 las inglesas levantaron á Shakespeare un monumento de mármol en Westminster por honrar la memoria del poeta que tanto habia amado á las mujeres, y que por boca de Cimbelyna habia dicho:

«La Inglaterra es un nido de cisnes en medio de un vasto estanque.»

¿Shakespeare fue cojo como Walter-Scott, como Byron y como las oraciones hijas de Júpiter? Los libros que se publicaron contra él mientras vivió, no le echan en cara ese defecto que no podia menos de ser muy aparente en la escena. Ademas, hay que tener en cuenta que la pulabra inglesa *Lame*, lo mismo se aplica al defectuoso de un pie que al de una mano: *lame of one hand*; por lo cual, generalmente hablando, solo significa imperfecto, defectuoso, y la misma significacion se le da en el sentido figurado. De todas maneras, el mozo (boy) de Stratford, lejos de avergonzarse de su defecto como Childe-Harold, no teme recordárselo á una de sus queridas:

..... *lame by fortune's dear est spite.*

(Cojo por el mas obstinado despecho de la fortuna).

El gran trágico debió tener muchas queridas si se cuenta una por cada soneto, cuyo total son ciento cincuenta y cuatro. Sir William Davenant se jactaba de ser hijo de una hermosa posadera que vivia cerca de la *Corona* en Oxford, y que fue amiga del poeta. Tratábase éste sin consideracion de ninguna especie en sus poesías sueltas, y repetía verdades desagradables á los objetos de su culto. Reprendiase á sí mismo de alguna cosa: ¿Gemia misteriosamente por sus costumbres? ¿Se lamentaba del poco brillo de la vida? Esto es lo que nadie ha podido saber. «Mi nombre ha recibido una mancha, decia, *my name receives a*

»brand. Apiadaos de mí, y desead que pueda renoverme, en tanto que como un enfermo voluntario, bebo un antidoto de Eysell contra mi fuerte corrupción... No puedo, sin embargo, confesártela por temor que te deshonres deplorando mi falta. No puedo dispensarme el honor de favorecerme en público sin quitar honor á tu nombre, *untess thou aké that honour fromthy name.*»

Han creído algunos comentadores que Shakespeare tributaba homenaje á la reina Isabel ó á lord Southampton, simbólicamente transformado en querida. Nada mas comun en el siglo xv que semejante misticismo de pensamiento, y tal abuso de alegoría: Hamlet habla de Yorik como de una mujer cuando los sepultureros encuentran su cráneo: «¡Ah, pobre Yorik! yo le he conocido, Horacio era un alegre compañero dotado de exquisita imaginación... ¡Allí estaban adheridos aquellos labios que yo he besado no sé cuántas veces!» «That y have kiss'd y know not how oft!» En tiempo de Shakespeare, aun no se habia introducido la moda de besar en la mejilla: Hamlet dice á Yorik lo que Margarita de Escocia dijo á Alain Chartier.

De todas maneras, muchos de sus sonetos fueron indudablemente dirigidos á mujeres. Algunas de esas efusiones eróticas están desfiguradas por sutilezas y juegos de palabras; pero su armonía le valió al autor el sobrenombre de *poeta de la lengua de miel*. Desde Cátulo vienen los discípulos de las Musas, tratando de darse prisa á coger del tallo la rosa antes que se marchite; Shakespeare habla con mas claridad: invita á su amiga á renacer en una hermosa niña, la cual renacerá á su vez en otra, y así de seguida: ese es el medio mas seguro de coger la rosa antes de marchitarla.

El creador de Desdémona y Julieta se iba envejeciendo sin dejar de estar continuamente enamorado. La mujer desconocida á quien se dirigia por medio de hermosos versos, se consideraba feliz, se envanecía de ser el objeto de los sonetos de Shakespeare? bien puede dudarse: la gloria es para un anciano lo que los diamantes para una vieja; la adornan, pero no la emellecen.

My love is strengthen'd, though more weak in seeming, etc.

«Mi amor se aumenta, aunque en aperiencia es mas débil... nuestro nuevo amor se hallaba todavía en la primavera, cuando yo acostumbraba saludarlo con mis versos; así es como Filomena canta al principiar el verano, y va reteniendo los suspiros á proporcion que los dias van llegando á su perfección, no porque el verano sea ahora menos dulce que cuando los himnos melancólicos del ruiseñor silenciaban (imponian silencio á) la noche, sino porque ahora de cada rama se eleva una nueva melodía, y las cosas agradables pierden su mas preciado encanto cuando llegan á hacerse comunes. Imitando al ruiseñor, suspendo alguna vez mis canciones para no cansaros con ellas.»

*Thar time of year thou may'st in me behold,
Wen yellow leaves, or none, or few, do hang, etc.*

«En mí puedes contemplar aquella estacion en que algunas hojas amarillentas penden de las ramas que se estremecen al soplo de la brisa, bóvedas ruinosas y despojadas donde en otro tiempo gorgeaban las avecillas... En mí puedes ver el rayo de un fuego que se estingue sobre las cenizas de su juventud, como sobre el lecho de muerte en que espira, consumido por lo que servia de pábulo. Estas cosas que ves, deben hacer que tu amor sea mas solícito en amar un bien que no tardará en perder.»

*Fo longer mourn for me; when I an dead;
Than you shall hear the surly sullen bell, etc.*

«No lloréis largo tiempo por mí cuando habré muerto: oireis la triste campana, suspendida en lo alto, anunciar que he huido de este mundo vil para habitar con los gusanos que aun son mas viles. Si leéis estas palabras, no recordéis la mano que las ha escrito: es tanto lo que os amo que quiero ser olvidado en vuestros dulces recuerdos, si mi memoria os ha de producir el menor desconsuelo. ¡Ah! si llegais á fijar una mirada en estos renglones cuando yo no seré mas que una masa de arcilla, no repitais mi pobre nombre: desvanézcase vuestro amor juntamente con mi vida.»

Mas que la sensibilidad, la pasión y la profundidad dominan en esas composiciones la poesía, la imaginación y la melancolía. Shakespeare ama; pero el amor no le inspira mas fe que otra cualquier cosa; para él una mujer no es mas que un ave, una brisa, una flor, un objeto que encanta; pero que pasa con presteza. Al contemplar la indiferencia con que miraba su celebridad, ó la ignorancia que de ella tenia, al verle aislarse de la sociedad, desviándose de las condiciones á que podia aspirar, no parece sino que Shakespeare consideró la vida como una hora ligera y desocupada, como un pasatiempo rápido y agradable.

Los poetas profesan mas amor á su libertad y á su musa que á su querida. El papa ofreció al Petrarca secularizarlo á fin de que pudiera casarse con Laura: el Petrarca contestó al favor de su santidad diciendo: «Aun tengo que hacer muchos sonetos.»

Shakespeare, ese espíritu tan trágico, sacó sus tonos patéticos del esceso de su ironía y del desprecio de sí mismo y de toda la raza humana: de todo dudaba: *Perhaps* (acaso) es una palabra que no se aparta de sus labios. Montaigne, al otro lado del mar, no se cansaba de repetir. «Tal vez. ¿Quién sabe?»

SHAKESPEARE EN EL NÚMERO DE LOS CINCO Ó SEIS GRANDES GENIOS DOMINADORES.

Concluamos.

Shakespeare es uno de los cinco ó seis escritores que han bastado á las necesidades y al alimento de la poesía, esos genios matrices, parece que han creado y educado á todos los demás. Homero fecundó la antigüedad; Esquilo, Sofocles, Eurípides, Aristófares, Horacio y Virgilio son hijos suyos. Dante engendró la Italia moderna desde el Petrarca al Taso. Rabelais creó la literatura francesa; Montaigne, La Fontaine y Moliere son vástagos de aquel tronco. La Inglaterra es enteramente de Shakespeare, y hasta en nuestros tiempos ha dado su lenguaje á Byron, y la forma de su diálogo á Walter-Scott.

No falta quien con frecuencia reniega de esos maestros supremos, ni quien se subleva contra ellos: se les acusa de pesadez, de extravagancia, de mal gusto, al propio tiempo que se hace alarde del trofeo de sus despojos; pero en vano es agitarse bajo su yugo. Todo se líne de sus colores: no hay rincón donde no se hayan estampado sus huellas. Los nombres y las palabras que aquellos grandes maestros inventaron han aumentado el vocabulario general de los pueblos: sus dichos y sus expresiones se han convertido en proverbios, y sus personajes imaginarios han llegado á ser realidades, y son ya hijos de solar conocido. Ellos abrieron nuevos horizontes de donde continuamente siguen brotando nuevos haces de luz; ellos sembraron ideas de las que germinan otras innumerables; ellos dieron la imaginativa, el asunto y el estilo á todas las artes; sus obras son minas inagotables; son las entrañas del espíritu humano.

Son talentos que ocupan el primer puesto: lo inmenso, lo variado, lo fecundo, lo original que en ellos resplandece los dan desde luego á conocer como ley, ejemplar, molde y tipo de las demás inteligen-

cias, así como hay cuatro ó cinco razas de hombres de los cuales todos los demás no parecen sino matices ó ramificaciones. Guardémoslos bien de insultar el desorden en que alguna vez caen aquellos seres poderosos: no imitemos la conducta de Cam el maldito; no nos riamos, si por casualidad encontramos desnudo y dormido á la sombra del arca encallada en la cumbre de las montañas de Armenia, al único y solitario marinero del abismo. Respetemos á ese marinero diluviano que volvió á dar principio á la creación después de haberse agotado las cataratas del cielo: seamos hijos piadosos, que deseando merecer la bendición de nuestro padre, lo cubramos públicamente con nuestro manto.

No pensó Shakespeare mientras gozó de la existen-

cia vivir mas allá de la tumba ¿qué le importa en la actualidad nuestro cántico de admiración? Admitiendo todas las suposiciones, discurrendo con arreglo á todas las verdades y á todos los errores de que está penetrado ó imbuido el espíritu humano ¿qué le importa á Shakespeare una celebridad, cuyo rumor no puede llegar hasta él? Si le cupo la suerte á que siendo cristiano pudo aspirar ¿qué le importará la vanidad del mundo ahora en el seno de las eternas felicidades?... Nada tan vano como la celebridad después del sepulcro, con tal que no haya hecho revivir la amistad, con tal que no haya sido útil á la virtud, ó socorrido á la desgracia, pues en tal caso allá en el mismo cielo nos concederá la fruición de una idea consoladora, generosa y salvadora dejada por nosotros sobre la tierra.

TERCERA PARTE.

LITERATURA BAJO LOS PRIMEROS ESTUARDOS Y DURANTE LA REPUBLICA.

LO QUE INGLATERRA DEBE Á LOS DOS ESTUARDOS.

Al solo nombre de Estuardo surge en la mente la idea de una larga tragedia. Pregúntase si no habria convenido mas que Shakespeare hubiera nacido en esa época; no habria convenido, porque entonces el gran trágico agitado por el torbellino de la revolución, no hubiera tenido ocasion de desarrollar las diversas partes de su talento, ó tal vez lanzándose en la senda de la política, no habria producido nada y los hechos habrian devorado su existencia.

La Gran Bretaña debe á la raza de los Estuardos dos cosas inapreciables para una nación, la fuerza y la libertad. Jacobo I, al unir la corona de Escocia á la de Inglaterra, reunió los pueblos de la isla en un solo cuerpo, y dió fin á la guerra extranjera. La Escocia tenia alianzas continentales: casi todas las veces que entre Francia é Inglaterra estallaban hostilidades, la Escocia solia ponerse al lado de la primera. Si Escocia no hubiese ya estado incorporada á Inglaterra en 1792 esta no habria podido sostener la prolongada lucha de la revolución.

Por lo tocante á la libertad inglesa puede decirse que los Estuardos la fijaron combatiéndola: Carlos I la pagó con su cabeza, y Jacobo II, con su raza.

JACOBO I.—BASILICON DORON.

Figuran las medianías en las respectivas épocas de su existencia por la razon de ser naturalmente molestas, intrigantes, y envidiosas y porque de lo vulgar de los hombres y las cosas se compone el aparato del mundo, pero una vez pasada aquella época, nada seria capaz de resucitar á la turba vulgar, que designada ya por la buena fe de la muerte, se llenaria de asombro al verse devuelta á la vida, y ni siquiera acertaria á tenerse de pie. Algunos personajes son los únicos que permanecen en el antiguo lienzo del tiempo, cuando todo lo restante del cuadro ha desaparecido: de estos es de quienes únicamente conviene ocuparse, pues los secundarios basta nombrarlos, en los intervalos que las grandes figuras van dejando entre sí. Sin embargo es esencial ir notando de paso las revoluciones ocurridas en el fondo y en la forma del pensamiento humano. He dicho *esencial* por hablar como los que se dan importancia y como los doctos, pues fuera de la religion y sus virtudes ¿qué puede haber de esencial en el mundo?

El primero de los cuatro Estuardos que subió al

trono de Inglaterra, dejó obras mas apreciadas que su memoria: hago mención de ellas, preciso es reproducir la memoria de los reyes que pueden escribir sobre el Apocalipsis, la verdadera ley de las monarquías libres, y el *Regis Donativo* (*Basilicon Doron*). Si Jacobo I no se hubiese tomado tanta molestia en establecer el *derecho divino*, y en conquistar el titulo de *Sacra Magestad* no habria dado lugar á que se atribuyese á su desgraciado hijo la composición del *Icon Basilike*, ó *Basilicon Doron*.

De todas maneras esta obra merece un exámen particular: encierra curiosas noticias históricas y presenta bajo un nuevo aspecto á Jacobo I.

El *Donativo* ó *Presente regio* está dedicado á Enrique, hijo mayor de Jacobo. El rey en su dedicatoria al joven príncipe, le dice: «Me valgo de una antigua traducción francesa; fiel é ingenua, y á fin de que esta instrucción no sea gravosa á vuestra memoria la he dividido en tres partes. La primera os manifestará vuestro deber para con Dios como cristiano, la segunda vuestro deber para con el pueblo como rey, y la tercera os enseñará cómo debéis conducir en las cosas comunes y ordinarias de la vida, que no son ni buenas, ni malas en sí mismas, sino atendido el buen ó mal uso que se hace de ellas, y que sin embargo contribuirán al aumento de vuestra reputación y autoridad si sabeis emplearlas discretamente.»

El rey se dirige en seguida al lector.

«Entre aquellas de mis acciones mas secretas; que contra lo que yo esperaba han llegado á noticia del público, debe contarse un escrito, que he denominado *Donativo regio*, porque le dedicaba á mi hijo mayor, destinado por Dios, segun lo creo, á sentarse en el trono después de mí.

«A fin de que ese escrito permaneciera oculto, le exigí al impresor juramento de que no tiraria mas que siete ejemplares para distribuirlos y hacerlos guardar secretamente por siete de mis mas íntimos servidores: de esta manera podia esperar que aunque el tiempo que todo lo destruye y consume, hiciera desaparecer los mas de aquellos ejemplares, aun queria después de mi muerte alguno que diera testimonio á mi hijo de la sinceridad de mi afecto y del cuidado que he tenido de su educación.

«Mas, puesto que contra mi designio ese escrito, se halla publicado por todas partes, y está sujeto á la censura de todos (pudiéndolo cada cual juzgar á medida de su propia índole ó inclinaciones), me veo